

¿UNIDAD O PLURALISMO RELIGIOSO?

El día 11 han podido leer con asombro todos los españoles —aunque sólo sean los pocos que leen un periódico— las declaraciones de Monseñor Delicado Baeza, obispo de Tuy-Vigo.

Su leit-motiv ha sido bien claro: «Añorar —dijo— una unidad católica de dudoso cuño y defenderla a golpes de intransigencias, además de ser una desviación del espíritu cristiano, es salirse de la historia y vivir de utopías, descuidando tal vez los deberes de la época presente».

«La unidad católica de España... como valor, depende de la realidad en que se apoya», afirmó en su conferencia este obispo, con palabras llenas de sentido común. Si la realidad no corresponde a las palabras o al marchamo externo, de poco vale que se siga confiando —en el mundo religioso— en este pretendido valor de la unidad religiosa. Y cabe la duda porque «éste es un aspecto que ya se hace cuestionable a muchos». Sensata afirmación que no se compadece con la postura de quienes quieren añorar lo que es dudoso y defender intransigentemente esa unidad exterior.

El mundo se ha abierto a una mayoría de edad. Ya no estamos en la época feudal y paternalista, aunque por doquier en el mundo queden de ella retazos nostálgicos y anacrónicos. Y la Iglesia empieza a reconocer —no sólo de palabra, sino también de hecho, aunque sea timidamente— que «todo hombre está obligado a buscar la verdad, pero se han de respetar sus opiniones religiosas personales y asociativas» (Monseñor Delicado Baeza).

Estamos en las puertas —guste más o guste menos— de una sociedad pluralista. Por eso la Iglesia comienza, ante este hecho en inicio, a preguntarse en nuestro país: «¿Nos debemos aferrar a la idea de esa unidad con la natural intransigencia de nuestra estirpe o debemos prepararnos para vivir en un mundo pluralista y variado?».

Los nuevos descreídos que surgen en un mundo tan cerrado como el nuestro, acostumbrado desde hace cuatro siglos a una tensa intolerancia, debían hacer reflexionar a muchos que permanecen atados nostálgicamente a «la natural intransigencia de nuestra estirpe», como dice el obispo.

Eran, en mi opinión, unos esquemas simplistas los utilizados muchas veces por los católicos al dividir España en dos: unos —los de la derecha— eran los «buenos», porque estaban con el catolicismo intransigente, y los otros eran los «malos», los que se hallaban —dando ejemplo de madurez— en el lado de la razón y de la crítica, fuesen creyentes o no lo fueran.

Doy incluso un paso adelante diciendo que dudo mucho que esa intransigencia de la que hemos hecho gala en lo religioso en muchas ocasiones históricas, sea algo natural a nuestra estirpe. En nuestra historia medieval —a pesar de los tiempos que entonces corrían— había más liberalidad eclesiástica que en el siglo XIX, pongo por ejemplo, o que en nuestro propio siglo, cuando hemos proclamado —en un catecismo de antes de nuestra guerra civil, reeditado años después— que la libertad de conciencia era siempre una libertad de perdición y que era imprescindible impedir sus estragos. Su autor, el ínclito padre Gabino Márquez, de la Compañía de Jesús, decía cosas tan sabrosas como éstas: «¿Hay otras libertades perniciosas?». «Sí, señor: la libertad de enseñanza, la libertad de propaganda y de reunión». «¿Por qué son perniciosas estas libertades?». «Porque sirven para enseñar el error, propagar el vicio y maquinan contra la Iglesia». «¿Tolera la Iglesia estas libertades?». «No, señor; pues repetidas veces las ha condenado» (Nuevo Ripalda, en la Nueva España. Jerez, 1951).

Ideas que eran las que nos sirvieron durante muchos años de alimento espiritual a los ciudadanos del país, ya que todos fuimos más o menos literalmente enseñados en esos catecismos o, al menos, en sus concepciones de la vida.

¿Cómo, entonces, no asombrarse muchos de que un obispo nombrado recientemente, como es el de Tuy-Vigo, diga cosas tan distintas?

La estructura religioso-social que nuestra sociedad tuvo durante la época de estas enseñanzas correspondió a tales ideas. Y cuando no fue así (como en tiempo de nuestra segunda República), los católicos añorantes —la mayoría de los creyentes oficiales— se desvivían por alcanzar una nueva situación que reprodujera lo más posible esas ideas teocráticas (de pirámide clerical), por un lado, y césaro-papistas (de confusión religioso-temporal), por otro.

Esta es la razón por la que nuestra Iglesia —la Iglesia española—, que contaba con un núcleo poderoso de esos efectivos intransigentemente nostálgicos, tenía verdadero miedo no sólo a la libertad, sino hasta a nombrar la misma palabra. Por eso tiene que venir hoy la voz de la propia Jerarquía, elegida todavía dentro de un contexto que va socialmente perdiéndose, para recordarnos unas ideas de simple buen sentido, que ciertamente no fueron nuestro fuerte dentro del conservadurismo religioso dominante en el país: «La Iglesia debe promover —oímos ahora de boca episcopal— la verdadera libertad cristiana. Es misión inexcusable. Los miedos a la libertad se han producido siempre que no se ha creído en que la gracia supera al poder del pecado, y entonces se ha recurrido a medios confusos de difícil justificación según el Evangelio».

La palabra clave es ésta: libertad. Sin ella no puede producirse «una fe personal y profunda», que es la única que descubrió el Evangelio. Porque el cristianismo pretendió ser —a diferencia de las demás religiones— algo personal y no sociológico. Pero lo más triste es que en nuestra Patria se dio primacía, en estos cuatro siglos, a lo sociológico sobre lo personal, y así vislumbramos lo mal que nos va a ir en el porvenir en el campo de lo religioso. Porque aprecio un negro panorama para este catolicismo exteriorista que tanto defendieron antes nuestros obispos, como si fueran nuevos cruzados de una fe de masas impuesta casi a golpe de lanza.

¿Cuál es, entonces, la postura que debe ir adoptando la Iglesia española ante esta actitud de madurez humana que se inicia entre los hombres y mujeres españoles?

Lo que acaba de preconizar nuestro nuevo arzobispo de Madrid, Monseñor Tarancón: «En España —dijo en el solemne acto de entrada oficial en su nueva archidiócesis— hay una especie de simbiosis entre lo religioso y lo patriótico; hasta tal punto, que muchas veces es difícil discernir en ciertos actos lo que hay de puramente religioso y lo que es costumbre social. Hay que encontrar el camino para una convivencia saludable entre la Iglesia y el Estado que una la independencia con la cordialidad».

Y eso requiere un nuevo tipo de obispos, que vivan su independencia de toda influencia y —por tanto— un auténtico sentido de libertad en la Iglesia y fuera de ella. «La Iglesia debe ir superando, incluso en las apariencias, toda actitud o manifestación de absolutismo o monopolio por otra de servicio y de promoción de la libertad cristiana» (Monseñor Delicado Baeza).

Los obispos deberán ser como se propone Monseñor Tarancón en su programa: «Es natural que me sienta más servidor de los que necesitan más de mi ayuda: los pobres... De los que se creen sin voz para defender sus legítimas aspiraciones», y, por tanto, «no busquéis en mí la sabiduría humana ni la influencia social o política», porque «quiero proclamar mi libertad y mi independencia de todos los criterios, posturas o grupos humanos; no puedo ser hombre de grupo, de partido, de tendencia».

Excelente programa que suena a nuevo a los oídos católicos y no católicos. Lo que hace falta es que se cumpla de ahora en adelante, y no se defraude más al clero y a los seglares creyentes para que no tengan que escribir una carta como la que un grupo de sacerdotes navarros de los más prestigiosos ha dirigido al presidente de la Conferencia Episcopal Española recordando la tradición multisecular en el nombramiento de obispos —tan distinta de la todavía vigente—, en la cual el pueblo tomaba parte, para que así —como decía el Papa San León—, el que ha de presidir a todos, sea el más adecuado para todos, porque es escogido con la responsabilidad de todos. Sin duda, en estos últimos nombramientos hemos dado un paso adelante hacia fórmulas más independientes, pero por eso no más populares todavía.

Hay quien piensa que la propia institución eclesiástica, con sus privilegios sociales y económicos, tan importantes todavía, es un obstáculo a esta popularidad que debía tener la Iglesia. Y yo lo creo así porque pienso —con todas sus consecuencias y no matizadamente— que «una sociedad poderosa, cuando parece haber conquistado el monopolio en el campo de su competencia, se torna inevitablemente en una sociedad instalada e inmóvil, se vuelve rigidamente conservadora de sus privilegios» (Monseñor Delicado Baeza). Y la Iglesia no debía ser nunca esa sociedad poderosa.

MIRET MAGDALENA